

EL RACISMO EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XXI

EL RACISMO HOY

Judit BOKSER

Quienes tenemos el privilegio de vivir en épocas de grandes y acelerados cambios históricos como los que caracterizan a este fin de siglo debemos asumir la responsabilidad del compromiso con rigurosos estándares de precisión conceptual y de moralidad política, para así poder pensar la realidad acorde a la seriedad de sus desafíos. Ambos requisitos se exigen para poder dar cuenta de la magnitud, intensidad y complejidad de las transformaciones, tanto económicas como sociales, políticas como culturales que está experimentando la humanidad toda. A su vez, ambos requisitos se exigen para poder enfrentar los interrogantes y amenazas implicados en la renovada manifestación de fenómenos que consideramos que serían superados con el avance de la época que nos ha tocado vivir y entre los que ocupa un lugar destacado el racismo.¹

Rigor conceptual no significa rigidez teórica. Hoy sabemos que el uso amplio del término racismo —aun “abusivo” se ha dicho—² se deriva tanto de su interacción con la amplia gama de expresión de viejos y nuevos fenómenos de odio, marginación, rechazo y exclusión como de sus nexos con diversas manifestaciones políticas y culturales de nacionalismo, xenofobia, populismos y tribalismos étnicos.³ Desde esta óptica, una gran paradoja parece acompañar nuestro tiempo. Paralelamente al derrumbe de viejas fronteras —tanto culturales

1 Vid Cheles, Luciano; Ferguson, Ronnie y Vaughan, Michalina (eds.), *Neo-Fascism in Europe*, Londres, Longman, 1991, p. xii.

2 Wieviorka, Michel, *El espacio del racismo*, Buenos Aires, Paidós, 1992, p. 15.

3 *Ibidem* y Taguieff, Pierre André, “Racisme/Racismes: Eléments d’une Problématisation”, *Magazine Littéraire*, núm. 334, julio-agosto de 1995, pp. 35-39.

como territoriales— y a la apertura de nuevos horizontes de vida que conducen al conocimiento y reconocimiento del otro, se construyen nuevas murallas que cierran espacios y deslegitiman la diferencia. Mientras que el creciente proceso de reestructuración de la economía mundial desembocó en imperativos de ensanchar las fronteras, reforzando las expectativas de sociedades abiertas, el flujo del capital humano, ya sea en forma de trabajadores extranjeros, minorías, emigrantes o exiliados, ha encontrado crecientes muros de contención.

En el marco de una creciente globalización, la simultaneidad de estos procesos parece confrontarnos con tendencias e interrogantes que aluden al carácter contradictorio y asimétrico con que éstos se despliegan. Mientras que la apertura a la interacción e interdependencia entre las diversas regiones del globo terráqueo se ha visto reforzada, facilitada y estimulada por un intenso desarrollo tecnológico e informático, la cerrazón a los consecuentes encuentros culturales ha minimizado los márgenes de una convivencia plural. Mientras que de la apertura se derivan reconocimientos de la diversidad de la condición humana, la cerrazón se traduce en cuestionamiento de la alteridad.

En efecto, el reconocimiento del otro y la capacidad de una convivencia en la que el otro puede y es reconocido como legítimo no parecen exhibir la fluidez y certeza con las que la promesa abierta del mundo las anunciaba. Hoy la cuestión del otro oscila de un modo difícil entre su reconocimiento y su negación, y esta última ha asumido nuevas formas de exclusión, marginación, rechazo y discriminación que, confrontadas a las dimensiones étnicas y religiosas, se nutren y se ven mediadas por el peso histórico de los prejuicios.

Desde la óptica de las tendencias a la apertura, se han delineado nuevas fronteras, ampliadas si se quiere, en las que se dan encuentros e interacciones entre los grupos humanos. Ciertamente, en el marco de los avances comunicativos —esta fase de la modernidad en la que el binomio tiempo-espacio ha accedido a un nuevo ritmo de intercambiabilidad— los encuentros pueden ser inmediatos y materiales o bien media-

dos y simbólicos. Hablar de “zona fronteriza”, sin embargo, implica enfrentarse al cruce legítimo o a la transgresión.⁴ Y es precisamente la segunda modalidad, la de la transgresión (y agresión), la que parece definir el modo en que grandes grupos humanos viven los encuentros que caracterizan el mundo de hoy.

En este sentido, se puede hablar hoy de la reemergencia del racismo, de sus nuevas formas o bien de diferentes lógicas de un mismo fenómeno. Si la idea de un vínculo entre los atributos naturales o biológicos de un individuo o grupo y sus rasgos intelectuales o morales ha caracterizado la emergencia del racismo, su novedad hoy es que ya no se asocia exclusivamente a la naturalización del otro, en nombre de una supuesta inferioridad biológica y de una desigualdad natural, sino fundamentalmente a una actitud diferencialista, más velada, que se desvía por la cultura y que ataca a grupos nacionales, étnicos y religiosos, preferentemente a minorías, aislando, excluyendo y segregando.⁵

La distinción entre el viejo racismo de corte biológico y el nuevo, de corte fundamentalmente cultural, tal como ha sido enfatizada por autores como Wieviorka y Taguieff, más que responder a una visión lineal de sucesión temporal apunta hacia la problemática derivada de los cambios operados a nivel mundial, regional y local en lo que a encuentros entre grupos se refiere. En este sentido, destaca el hecho de que, frente a las minorías, las sociedades o grupos mayoritarios se abocan a la defensa y protección de su identidad originaria como si ésta dependiera de la ausencia de movilidad, contacto o bien de información. De este modo, el aislamiento y la exclusión parecen ignorar que las distinciones culturales y étnicas no dependen de la ausencia de interacción y aceptación

4 Vid. Sosnowski, Saul, “Constitución y disolución de fronteras: una lectura de las zonas culturales americanas”, *Las fronteras en la literatura hispanoamericana: sociales, culturales, étnicas y temporales*, III Jornadas Internacionales de Literatura Hispanoamericana, Ginebra, Fundación Simón I. Patiño, 1990, p. 23.

5 Wieviorka, Michel, “Racismo y Exclusión”, *Estudios sociológicos*, México, El Colegio de México, núm. 34, enero-abril de 1994, pp. 34-37.

sociales; por el contrario, generalmente son el fundamento mismo sobre el cual están contruidos los sistemas sociales que las contienen.⁶ Las diferencias de toda índole, tanto étnicas como culturales, pueden persistir legítimamente en un contexto de relaciones e interdependencia.

Desde una óptica complementaria, habría que destacar que en la interacción histórica entre las diversas expresiones o lógicas racistas, aquella que ha enfatizado la diferenciación del otro en código biológico —prerrequisito de su aislamiento, persecución y/o exterminio—, se nutrió de un prolongado proceso cultural de acecho a la diferencia. Si comprendemos que el racismo alcanzó su expresión máxima en Auschwitz, el antisemitismo puede ser visto en su carácter ejemplar, que permite identificar procesos profundos del racismo y en él, precisamente, puede descubrirse el modo en que siglos de dificultad de poder asumir al otro en su legitimidad construyeron un sustrato de prejuicios que alimentaron la estigmatización y el exterminio perpetrados por el nazismo. Si bien es factible atender a la permanencia y continuidad en la historia de la actitud negativa hacia los judíos —sea como odio al grupo, sea como negación del judaísmo—, el antisemitismo, como movimiento sociopolítico que aspiró a la marginación y discriminación de los judíos y a su segregación y exterminio, es producto y resultado de la modernidad.⁷ Sólo en el contexto de ésta, en su oscilación siempre tensa entre el reconocimiento del otro y su vocación de homogeneidad, pudo aquél alcanzar avanzados grados de desarrollo teórico y práctico, toda vez que, siguiendo a Semprún, el problema radical que el judío plantea es el problema del otro.⁸ El papel que el pensamiento desempeñó en este proceso fue central. Ciertamente, el surgi-

6 Vid Barth, F., *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, trad. Sergio Lugo, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, pp. 9-10.

7 Vid Baron, Salo W., "Los modelos cambiantes del antisemitismo", *Dispersión y unidad*, Jerusalén, núms. 18-19, 1976-1977, p. 140; Ettinger, Shmuel, "La singularidad del antisemitismo contemporáneo", *Moreshet*, Tel Aviv, 1974, p. 17.

8 Vid Semprún, Jorge, *Prólogo*, en Poliakov, León, *Historia del antisemitismo. La Europa suicida 1870-1933*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981.

miento del antisemitismo no fue sólo una cuestión de difusión y aceptación de ideas en un nivel puramente intelectual; de hecho, fue en virtud de nuevos desafíos políticos y sociales, inherentes a los cambios generales en la modernidad así como en la condición de los judíos, cuando las ideas prevalecieron y pudieron ser utilizadas para justificar una postura política y determinadas acciones.⁹ El pensamiento fue un ámbito al que acudió para su legitimación, ya que, recuperando viejos estereotipos y formulando nuevos, que por su carácter “filosófico o científico” moderno le confirió nuevos bríos, una nueva “veracidad”, aquél pudo proveerse de los recursos intelectuales que le permitirían justificarse. Y los encontró no sólo en el pensamiento declaradamente antisemita, fácilmente descalificable desde una postura que reclama la sensatez, sino en las más variadas corrientes del pensamiento moderno refractarias a dar cuenta de esta alteridad.¹⁰

Por su parte, los nuevos racismos se ven reforzados por una amplia gama de elaboraciones teóricas y de expresiones tanto cognitivas como prácticas, reforzando las contradicciones derivadas de la apertura y cerrazón de espacios en el mundo contemporáneo.¹¹ Mientras que en la primera dimensión se manifiesta la categorización esencialista, la estigmatización que conlleva a la exclusión simbólica y a una antropología diferencialista imaginaria, en la segunda, esto es, en el nivel de las manifestaciones prácticas, persisten y se renuevan acciones de segregación, discriminación, expulsión; de persecución y de exterminio.¹²

Ahora bien, si atendemos a las grandes transformaciones europeas de este fin de siglo, asociadas a la desintegración de la Unión Soviética y a la redefinición del mapa étnico y nacional europeo, éstas dan testimonio del doble movimiento de

9 Katz, Jacob, *From Prejudice to Destruction. Anti-Semitism 1700-1933*, Cambridge, Harvard University Press, 1982, pp. 9-10.

10 Vid Bokser, Judit, “El antisemitismo en el pensamiento social moderno”, FCPYS, mimeo, 1990.

11 Taguieff, Pierre André, *op. cit.*

12 *Ibidem*.

apertura hacia nuevas formas de organización socioeconómicas y políticas más plurales y, simultáneamente, de una explosión de nacionalismos, de xenofobia y tribalismo étnicos que permitirían una lectura en línea directa con el inicio del siglo XX. Así, siguiendo a Gellner, nuestro siglo ha gestado dos grandes explosiones de nacionalismos. A la primera, producida por la primera Guerra Mundial con la desintegración de los imperios multinacionales —cuyo colapso gestó modelos de nacionalismos que se continuaron, en última instancia, en la expansión del fascismo, del nazismo y del totalitarismo— se agrega la que vivimos hoy.¹³ La disolución política, el colapso económico, la transformación de grandes grupos culturales previamente dominantes en minorías en el marco de nuevas unidades nacionales no son sino algunos de los procesos que apuntan hacia el amplio potencial disruptivo de este fin de siglo. Quienes han enfatizado dicho carácter explosivo, reconocen en factores de índole étnica, religiosa y cultural los elementos de identidades fundacionales irreconciliables que asumen un renovado protagonismo dentro de los procesos de transición nacionales e internacionales. De este modo, etnicidad, religión y variadas formas de nacionalismos organicistas y extremismos operarían como criterios definitorios del nuevo mapa de identidades y de actores que se comportan como volcanes en permanente proceso de erupción.¹⁴ A su vez, el separatismo étnico en zonas multiétnicas evidenciaría no sólo la dificultad, sino también la incapacidad de organizar a la sociedad civil alrededor de ejes ajenos a la etnicidad.¹⁵ El caso de Yugoslavia no deja de sorprender, ya que, a pesar de que

13 Gellner, Ernest, *Encounters with Nationalism*, Oxford y Cambridge, Blackwell, 1994, p. xi.

14 *Vid.*, por ejemplo, Zbigniew Brzezinski, *Out of Control: Global Turmoil on the Eve of the Twenty-first Century*, Nueva York, Scribner, 1993; Moynihan, Daniel, *Pan-demonium, Ethnicity in International Politics*, Nueva York, Oxford University Press, 1993. En esta misma línea, Samuel Huntington ha afirmado que los grandes conflictos que la humanidad conocerá ya no serán entre Estados nacionales sino entre civilizaciones, categoría que supone etnicidad, religión, cultura y nacionalismos compartidos. *Vid.* "A Clash of Civilizations?", *Foreign Affairs*, núms. 72-73, verano de 1993, pp. 22-49.

15 Ignatieff, M., "On Civil Society", *Foreign Affairs*, marzo-abril de 1995, p. 135.

durante las décadas de los años 60 y 70, el ámbito de la sociedad civil se fortaleció, cuando los nacionalistas en Serbia, primero, y en Croacia, después, plantearon los proyectos de Estados étnicos, nada pudo hacerse para detenerlos.

Estos procesos explican el porqué hoy emerge la necesidad de replantear la interacción diferencial entre el concepto de naciones étnicas y el de naciones cívicas como proyectos alternativos de construcción de las identidades colectivas.¹⁶ El segundo, necesariamente más tolerante e incluyente, ha sido formulado en clave de “ciudadanía republicana”, lo que supondría el fomento de un involucramiento cívico y un compromiso ciudadano tendientes a enfatizar la dimensión cívica-nacional sobre los componentes étnico-nacionales, minimizando de este modo las nuevas expresiones de exclusión.¹⁷ Las posibilidades de convivencia se dan hoy en los márgenes de Estados nacionales sometidos a presiones derivadas tanto de la globalización como de las tendencias localistas, en lo que Ronald Beiner ha definido como la dialéctica entre globalismo y localismo, considerando las tendencias simultáneas y contradictorias de integración y desintegración de los Estados.¹⁸

Desde la óptica de las condiciones y requisitos que minimizan los márgenes de expresiones de intolerancia y de racismo, la vigencia del Estado como figura que continúa teniendo importantes funciones que cumplir ha pasado a formar parte de la agenda de la discusión contemporánea, toda vez que el Estado es entendido, siguiendo a George Burdeau, como “la forma por medio de la cual el grupo encuentra su unidad sometiéndose a la ley”. Así visto el Estado, los límites a la exclusión o bien la idea de tolerancia se engarza con el

16 Bryant, Christopher G. A., “Civic Nation, Civil Society, Civil Religion”, en Hall, John (ed.), *Civil Society. Theory, History, Comparison*, Cambridge, Polity Press, 1995, pp. 136-157.

17 Beiner, Ronald, “Introducción”, *Theorizing Citizenship*, Nueva York, State University of New York Press, 1995.

18 Precisamente, la emergencia de áreas de libre comercio que estarían empujando a los Estados a una integración más cercana ha reforzado, a la vez, tendencias aislacionistas que alimentan reclamos étnicos y nacionalistas y un nuevo código de rechazo a la diferencia. Gottlieb, Gidon, “Nations without States” en Hall, John (ed.), *Civil Society*, op. cit.

concepto de ciudadanía.¹⁹ De este modo, habría un ámbito político “formalmente neutral” frente a la definición de lo que es la buena vida, pero comprometido a proveer las necesidades colectivas requeridas para alcanzar dicha vida, según la interpreten los hombres.²⁰ Entendiendo, simultáneamente, que las acciones e interpretaciones derivan del carácter social del hombre, de su pertenencia y membresía colectiva y, por tanto, la interacción grupal, debería traducirse en el reforzamiento de los atributos de la tolerancia.

Sin embargo, los procesos de cambios globales económicos, políticos, legales y culturales están modificando la naturaleza, el alcance y la capacidad de los Estados nacionales “desde arriba”, desafiando su capacidad regulatoria. Paralelamente, los Estados parecen exhibir un debilitamiento interno frente a poblaciones que no encuentran en él un referente de vida cotidiana, de modo tal que un creciente número de grupos locales, movimientos sociales y los diversos brotes de nacionalismo a los que hemos hecho referencia están cuestionando la representatividad del Estado nacional “desde abajo”.²¹

Estas consideraciones, que hemos abordado desde la perspectiva de lo nacional y de lo estatal, cobran particular relevancia toda vez que la reestructuración de Europa oriental, la propia unificación europea y los flujos migratorios contemporáneos han avivando el conflicto entre los principios universalistas de las democracias constitucionales y los reclamos particularistas de las comunidades por preservar la integridad de sus estilos de vida habituales.²² Si bien cabría preguntarse con Ignatieff si una sociedad multiétnica y multicultural puede existir sin un Estado fuerte, de un modo más global, los nexos entre identidad nacional y ciudadanía, con sus implicaciones

19 Ignatieff, Michael, “The Myth of Citizenship”, en Beiner, Ronald (ed.), *op. cit.*, p. 74.

20 *Ibidem.*

21 Held, David, *Democracy and the Global Order*, Stanford University Press, 1995.

22 Habermas, Jürgen, “Citizenship and National Identity: Some Reflections on the Future of Europe”, en Beiner, Ronald (ed.), *Theorizing Citizenship*, Nueva York, State University of New York Press, 1995, pp. 255-256.

de inclusión y exclusión, resultan ser crecientemente problemáticos, por lo que reducir los márgenes de la exclusión grupal significa consolidar las instituciones, mecanismos y procesos que conjugan la expresión de la diversidad con la consolidación del sustrato común de toda experiencia colectiva. De allí que haya resultado necesario imaginar nuevas formas de nacionalismo: el “soft”, por ejemplo, que permitirá repensar el concepto de autodeterminación, a replantear el *status* internacional de comunidades nacionales sin Estado, a la creación de nuevas formas regionales para las mismas comunidades, etcétera.²³ O bien, existe la necesidad de repensar la construcción de la democracia en un contexto global, buscando los mecanismos que permitan incorporar a la lógica democrática, tanto los procesos ajenos al control estatal —flujo de capitales, seguridad, etcétera— como las estructuras y normas de los movimientos, grupos y organismos sociales que asumen un papel crecientemente destacado en la sociedad.

De allí que no sólo la cuestión del alcance de la nación y del Estado cobra un significado renovado para combatir las expresiones de racismo que se nutren del imbricado telar de prejuicios, marginación, rechazos y exclusiones, sino también el renovado interrogante en torno a las posibilidades de construcción de una sociedad civil como dique de contención de aquéllas y como elemento propiciador de la legitimización de la diferencia. Si bien la idea de sociedad civil ha tenido variadas formulaciones, transitando del planteamiento originario de un ideal ético del orden social al reclamo como recurso y respuesta frente a un Estado autoritario, hoy equivale al reclamo generalizado por vivir con la diferencia.

En sus diversas vertientes se ha asociado a la búsqueda de la tolerancia como valor y mecanismo de ordenamiento de la vida colectiva.²⁴ Desde la preocupación por acceder a formas de vida más tolerantes, asistimos, en el seno de la discusión contemporánea, a la conceptualización de la sociedad civil

²³ Gottlieb, G., *op. cit.*

²⁴ Seligman, Adam, *The Idea of Civil Society*, Nueva York, The Free Press, 1992, pp. 15 y ss.

como un ámbito de reorganización de la vida social.²⁵ Hay quienes consideran que una pluralidad estructural en la esfera pública de la sociedad civil aseguraría la posibilidad de definir la vida social en términos de participación pública y es precisamente esta participación la que revitalizaría la esfera pública, renovándola.²⁶ Renovarla significaría, entre otras cosas, reducir los márgenes de manifestaciones de exclusión.

Ciertamente asistimos a nuevas aspiraciones de reestructuración de la vida colectiva, así como a un cambio en la lógica de la acción colectiva e individual en el marco de sociedades que han asumido nuevas formas de auto-constitución y automovilización. La emergencia de nuevas identidades no derivadas de la producción y las interacciones entre modalidades de asociación voluntaria, movilización social y acción política parecen conferirle a la sociedad civil un alcance conceptual y práctico renovado. Junto a las implicaciones teóricas e ideológicas de su centralidad en el pensamiento radical, sus múltiples contenidos y sentidos apuntan hacia la búsqueda de nexos de solidaridad en el seno de la diversidad —étnica, religiosa, nacional, cultural—.

Con relación a lo anterior, las trayectorias históricas específicas de las diferentes sociedades y culturas exhiben diversas opciones. En contextos en los que las identidades colectivas no han militado contra la idea de convivencia plural, éstas se han organizado y han actuado legitimando sus intereses diferenciales y sus logros conjuntos a nivel institucional.²⁷ Lo que hoy nos preocupa, sin embargo, es la proliferación de entornos en los que se ha ausentado el principio de autonomía individual y de igualdad grupal como sustrato de una vida política tolerante. En estos, las propuestas particulares han aspirado a operar como universos morales excluyentes y la diversidad

25 Vid. Aratto, Andrew y Cohen, Jean, "Social Movements, Civil Society and the Problem of Sovereignty", *Praxis Internacional*, núm. 3; Cohen, Jean, "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, vol. 52, núm. 4, 1985; Öffe, Claus, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988.

26 Cohen, Jean, *op. cit.*

27 Vid. Seligman, A., *op. cit.*, capítulo 4.

dejó de ser vista como factor de enriquecimiento de la vida social. De allí a su conversión en rechazo o exclusión, el tramo parece reducirse.

A la luz de la compleja paradoja de este fin de siglo surge de nueva cuenta la necesidad de repensar y replantear la cuestión de las identidades colectivas. No parece ser suficiente su condena ni justificado reducir la importancia de las identidades-valores colectivos, nacionales, étnicos o religiosos. Es necesario superar la desatención a la que lo condenó el racionalismo ilustrado y aun el liberalismo. Tal vez hoy como nunca, el pensamiento social y político deba evitar que éste devenga el terreno exclusivo de atención del pensamiento y de los grupos radicales y extremistas. Frente a la cuestión esencial de las identidades y pertenencias colectivas cabe retomar el cuestionamiento que se hace Ronald Beiner: o bien el fascismo ha sido una expresión maligna única de una necesidad humana en sí benigna de pertenencia, o bien hay un tipo de fascismo latente implícito en todo impulso hacia la pertenencia grupal.

La relevancia y centralidad de éste así como de interrogante similares se ven reforzadas por la necesidad de atender el espacio de gestación de las identidades colectivas en el proceso de confrontación con la alteridad. Ello exige conciliar aquel gusto por la individualidad, “la selva no planificada de las diferencias individuales”, la irreductible variedad de vidas humanas, pensamientos e impulsos con las articulaciones colectivas de la vida social. Si la actitud siempre renovada hacia “el experimento de vivir” (J. Stuart Mill) está en la base de la actitud ambivalente del liberalismo frente a las identidades colectivas, es necesario superar la actitud no sólo de desatención, sino también de ambivalencia frente a las expresiones colectivas.

La recuperación del espacio social y el estatal, de la naturaleza individual y colectiva de los seres humanos refiere a la necesidad de afirmar mecanismos básicos de articulación y compromiso entre intereses y valores diversos. En este fin de siglo en el que, como hemos visto, las sociedades exhiben una

tensión entre la tendencia a convertirse en sociedades abiertas y plurales y, reactivamente, expuestas a nuevas formas de localismos, resulta imprescindible atender el alto potencial de exclusión frente a la alteridad como fenómeno de desencuentros entre identidades colectivas. Sólo así podremos confrontar, con rigurosos estándares de precisión conceptual y moralidad política, uno de los principales desafíos de fin de siglo, tal como se expresa en la necesidad de construir una convivencia plural en la que las diversidades se reconocen y se legitiman.